

PRIMERA PARTE

12 DE MAYO DE 1986, WASHINGTON, D.C.

Estoy sentada ante un viejo escritorio de madera en el apartamento alquilado de Washington D.C. en el que vamos a vivir durante el rodaje de la próxima película de Francis, *Jardines de piedra*, una historia militar sobre los soldados de la Vieja Guardia que entierran a los muertos de la guerra de Vietnam en el cementerio de Arlington. Francis está revisando por última vez el guion. Gio se prepara para grabar en vídeo los ensayos. Durante la producción colaborarán estrechamente porque Gio será responsable del vídeo conectado a la cámara principal. Grabará lo que filme la cámara para que Francis pueda revisar las tomas inmediatamente después, en lugar de tener que esperar el revelado de la película, y montará electrónicamente las secuencias. Se necesitan muchos conocimientos técnicos, lo que me recuerda lo mucho que ha aprendido Gio trabajando desde los dieciséis años con Francis.

Ante mí en el escritorio tengo tarjetas con reproducciones de cuadros de Matisse. Estoy agradeciendo por escrito los regalos que me hicieron la semana pasada por mi cincuenta cumpleaños. A principios de este año empecé a comprender que las experiencias que he tenido en la vida me han puesto a prueba, ampliando los umbrales del dolor y la alegría, empujándome más allá de lo que creía que eran mis límites.

Me pareció que la familia había sobrevivido de algún modo los altibajos de nuestras vidas. Mis hijos ya son mayores y están bien. [Dentro de dos días Sofia cumplirá quince años, Roman acaba de cumplir veintiuno y Gio tiene veintidós, a punto de veintitrés.] Son jóvenes sanos, cariñosos y creativos. Los temores que albergué de que nuestro modelo de familia tan poco convencional pudiera perjudicarlos han empezado a disiparse. Mi papel de educadora ya casi ha terminado. Ante mí se abre un periodo de nueva libertad. Una época para recoger los cabos de la vida creativa que dejé a los veintiséis años cuando el matrimonio y la familia acapararon toda mi atención.

Cuando finalmente llegó mi cumpleaños me sentí emocionada y feliz. Dos días antes había cenado en el piso de arriba del Chez Panisse con diez amigas maravillosas. Alice Waters preparó un magnífico festín. Me sentía delgada y fantástica con un body y una falda cruzada de Donna Karan. Ellas estaban radiantes. Todos los regalos giraban en torno a las flores, una cesta de rosas diminutas de cristal, una anticuada bata de flores, un pañuelo de seda con estampado floreado, un arbolito en flor, una fotografía de flores. Pensé que encerraban un mensaje para mí acerca de florecer. Les conté que hacía años había ido a ver una adivina china que me dijo: «Tu vida será como conducir un Rolls-Royce por una carretera llena de baches hasta que cumplas cincuenta y llegues al asfalto.» La carretera que tenía ante mí era llana.

Al día siguiente Sofia y yo volamos de Napa a Washington, D.C., para celebrarlo con Francis y Gio en el lugar de rodaje del decimotercer largometraje de Francis. Roman llegó de Nueva York donde estudiaba en la universidad. Yo había comentado a Francis que quería hacer algo que no hubiera hecho nun-

ca. La mañana de mi cumpleaños, que cayó en domingo, me dijo: «Vístete, que vamos a disfrutar de un *brunch*.» Fuimos en coche hasta el río. Supuse que había reservado una mesa en algún restaurante con vistas. En lugar de ello nos hizo subir a un barco. A bordo nos aguardaba una docena de amigos que se encontraban en Washington para la producción de la película, así como un banquete, champán y un grupo de violinistas gitanos. Avanzamos despacio por el Potomac, deteniéndonos para visitar en privado la bonita casa de Washington, y volvimos con la puesta de sol reflejada en el río con intensos tonos morados y naranjas. Abrí el regalo que me dieron los actores y el equipo de rodaje. Era un jarrón de cristal de Baccarat hermosamente tallado en facetas. Alex [Tavoularis], del departamento artístico de la película, hizo fotos de la familia: Francis en el centro rodeándonos con los brazos a mí y a Sofia, y Gio y Roman a cada lado, todos sentados en la parte trasera del barco con el pelo alborotado por el viento y sonriendo felices.

13 DE MAYO DE 1986

Ayer fue el Día de la Madre. Gio y su novia Jacqui me invitaron a comer. Llegaron casi con dos horas de retraso, con los brazos repletos de ramos de flores. Habían estado dando vueltas en coche por Washington buscando floristerías que no hubieran sido vaciadas previamente por los turistas. Me trajeron nueve ramos. Las repartimos por todo el pequeño apartamento, en mi nuevo jarrón de cristal, en tarros y en una cesta de mimbre. Me pareció que Gio se había propuesto hacerme olvidar los malos ratos que me había hecho pasar en su adolescencia. Estos últimos seis

meses ha cambiado, está viviendo con Jacqui, se le ve feliz y más seguro de sí mismo, y se ha acercado más a mí.

Después de comer me llevaron a la National Gallery y a la Smithsonian. Me quedé asombrada. Había ido a menudo a museos con mis hijos cuando eran pequeños, pero de adolescentes se habían negado a ir. Era la primera vez que un hijo mío me invitaba a ir a un museo. Gio llevaba la máquina y nos hizo fotos a Jacqui y a mí caminando juntas, a la gente que pasaba por la calle, a un puesto de perritos calientes abarrotado de gente. Me interesaba ver qué decidía fotografiar o cómo componía una imagen, a veces en diagonal. Está desarrollando sus aptitudes fotográficas.

Por la noche Jacqui preparó una ensalada y Gio hizo unos filetes en la barbacoa de la pequeña terraza de nuestro apartamento, tratando de evitar que entrara el denso humo. Francis llegó justo a tiempo para cenar. Comimos con prisas. Yo tenía que coger el último vuelo a Nueva York. Gio llevó mi pesada maleta hasta el taxi que esperaba. Me dio uno de sus largos y fuertes abrazos estrujadores de huesos.

Cuando unas horas después llegué a nuestro apartamento de Nueva York, en el hotel Sherry-Netherland, entré por la puerta lateral en la cocina pequeña. Había montones de cacharros sucios en el fregadero, la cocina y la pequeña encimera; el olor a restos de salsa de tomate y ajo era intenso. Roman, con su aspecto tierno y desaliñado, me dio un beso y un abrazo. En cuanto me adentré más en el apartamento vi su ropa amontonada en el suelo.

—Verás, he ideado un plan —dijo—. Sólo tengo que ir a la lavandería una vez al mes.

Había guitarras, pads de percusión, casetes, libros y proyectos de arte desparramados por la sala de es-

tar. Su amigo Greg estaba allí. Al parecer estaban disfrutando al máximo la vida de estudiante.

Me alegré de ver a dos de mis hijos el Día de la Madre. Abrí las puertas de la parte del apartamento que suele estar cerrada con llave y que el hotel alquila cuando no la utilizamos, donde iba a instalarme. Era espaciosa y limpia. Me fijé en una mancha de tomate en la mesa de comedor. Los chicos confesaron que habían entrado a hurtadillas para cenar.

Hoy me he pasado el día haciendo llamadas al servicio de mantenimiento del apartamento: el aire acondicionado no funciona, el techo de la ducha se está descascarillando. He esperado a que me trajeran y montaran la nueva cama con cabecero. No he tenido tiempo para salir. Sólo me he escapado un momento para cruzar corriendo la calle y mirar los escaparates de Bergdorf Goodman; a menudo parecen esculturas compuestas de elementos ingeniosos y buena iluminación. Los maniquís, con trajes de fiesta negros, estaban rodeados de cientos de platos blancos rotos. Roman seguía en clase cuando me he ido al aeropuerto. Me ha dado pena no poder darle un abrazo de despedida.

En la ventana ovalada del avión brillan cristales de hielo a la luz de última hora de la tarde. Vuelvo a San Francisco porque mañana Sofia cumple quince años. He dejado un par de asuntos por resolver en Nueva York, pero quería estar en casa con ella. Anoche hablamos por teléfono. Quería ultimar con ella todos los preparativos de su fiesta. Ella había cambiado de opinión y quería ir a otro restaurante, después de que yo hubiera pedido a un amigo, como favor especial, que me reservara una mesa en el que ella había elegido. Casi no la oía, de modo que le dije: «Por favor, habla hacia el teléfono. No entiendo lo que dices.» Ella replicó: «Mis amigos me entienden. ¿Por

qué eres tan negativa?» Empezamos a picarnos. Al final, exasperada, repliqué: «Me llevo bien con mis otros hijos, con mis amigas, con mis sobrinos y con todas las demás personas. La única relación difícil que tengo es contigo.» Ella se echó a llorar. Me sentí fatal. Le dije que la quería y que tenía muchas ganas de verla. Cuando colgamos sentí cómo me recorría la emoción del pecho a los brazos. Estaba furiosa conmigo misma por no ser capaz de superar un encuentro típico entre madre e hija adolescente.

Me siento aislada en este avión, sentada junto a la ventana sin nadie en el asiento de al lado; el resto de la familia está desperdigada en distintas ciudades y yo estoy en alguna parte entre medio. Siento las contradicciones que hay en mi interior, una constante en mi vida, ya que valoro la soledad de esas horas contadas y al mismo tiempo me siento sola y abandonada. Francis y Gio están emocionados con la nueva película que están rodando en Washington, Roman está contento en la universidad de Nueva York. Yo vuelvo sola a casa para cuidar de Sofia, que en estos momentos no quiere estar conmigo.

16 DE MAYO DE 1986, NAPA

A última hora de la tarde he salido a dar un paseo. Cuando la puerta trasera se ha cerrado de golpe, una gran garza real ha levantado el vuelo desde el estanque. Las crías de cisne han dejado de ser del tamaño de peludas pelotas de tenis para convertirse en grandes balones de fútbol con plumas. Hay dos granados en flor, con las hojas del intenso tono del chartreuse y las flores pequeñas de un bermellón vivo, colores tan alegres que no parecen naturales. He bajado por el

camino bordeado por ambos lados de viñas y he inhalado la fragancia de la tierra seca y de las frondosas parras que se extendían al sol. He recogido escombros: un paquete de Marlboro vacío que parecía un elemento decorativo en la tierra recién arada, una lata de cerveza aplastada a un lado de la carretera, varias banderitas de plástico amarillo dejadas por los técnicos del teléfono. Por el lado norte del viñado donde los surcos eran suaves he visto huellas de liebre norteamericana junto a las de perro.

Sofia y yo hemos cenado en el porche, y luego la he llevado a casa de una amiga donde iba a quedarse a dormir. Ahora que estamos las dos solas procura pasar el máximo de tiempo fuera de casa. «Ya no es divertido estar aquí», dice.

Ha llamado Francis.

–El jueves es el primer día de rodaje.

Me ha explicado que los ensayos con los actores han ido bien y que esperaba que todo fuera sobre ruedas. Le he preguntado por la estudiante nigeriana a la que he contratado para que limpie el apartamento.

–Todo bien excepto cuando cambia las sábanas porque pone la encimera sobre la manta en lugar de debajo. Por lo demás se está muy bien en el apartamento y estoy deseando que vengas con Sofia en cuanto acabe el colegio.

Desde que Francis terminó *Apocalipsis Now* en 1979, ha filmado cuatro películas en exteriores: *Corazonada*, *Rebeldes*, *La ley de la calle* y *Cotton Club*. Siempre pensé que al llegar a la cincuentena habría resuelto los problemas básicos que me habían atormentado de joven, pero sigo buscando a tientas soluciones. Cuando acudo al lugar donde se está rodando una película, sigo encontrándome desorientada lejos de casa y percibo el contraste entre el entorno creati-

vo y estimulante de Francis, y la monotonía de mi vida privada yendo a comprar una fregona, una sartén, papel de cocina, almohadas más firmes, flores, verdura, papeleras, bolsas de basura, detergente para la lavadora, felpudos, champú o duplicados de llaves. Me siento aislada de mis amigas y de mi vida creativa. Imaginaba que a esta edad habría alcanzado la sabiduría y aprendido a equilibrar los elementos de mi vida; en lugar de ello tengo la sensación de que mi cerebro es un archivador oxidado lleno de información inútil: mercados, tintorerías, ferreterías, tiendas de ropa de Los Ángeles, Manila, Nueva York, Tulsa o Washington D.C. Cierro los ojos y veo el almacén de confección de Ogallala, Nebraska, donde vivimos durante el rodaje de *Llueve sobre mi corazón*; en él compré pantalones cortos y zapatillas de tenis para nuestros dos hijos pequeños. En la tienda de comestibles había máquinas de caramelos y un viejo congelador en el que había helados Eskimo Pies cubiertos de escarcha. A menudo iba con los niños a la cafetería donde la amable camarera no se enfadaba cuando hacían pócimas mágicas con ketchup, puré de patatas y guisantes en los vasos de la leche.

Roman tenía tres años y Gio cuatro y medio. A veces los llevaba a ver a Francis mientras rodaba. Otras íbamos a la tienda de baratillo y comprábamos pistolas de plástico, globos o camiones, e íbamos al pequeño parque de la ciudad. Mientras los niños dormían la siesta las tardes calurosas yo cosía sentada al lado del aire acondicionado de nuestra habitación de motel. O leía. Estaba leyendo *Siddharta* cuando me enteré del asesinato de Robert Kennedy por televisión. Me corrieron las lágrimas por las mejillas. Qué bonito era el libro y qué trágica la vida real.

Roman me ha llamado desde Nueva York. Parecía contento. «Ya casi han terminado las clases. Estoy en la lista del decano y me han invitado a ir a Londres en un programa de estudios de verano.» Creo que me he emocionado más que él. «El aire acondicionado sigue sin funcionar. El técnico dice que no vale la pena arreglarlo.» Me ha dicho que encontró una nota del fabricante del cabecero de la cama nuevo en la que pedía una cantidad extra por montarlo sobre las ruedecillas. Mis días están llenos de tareas necesarias. Hoy he supervisado los progresos de los pintores en la casa de huéspedes y he ido a ver a la mujer que está haciéndome las cortinas. Un albañil me ha traído muestras de materiales para la pared del cuarto de baño de Roman que ha de reparar. El jardinero me ha dicho que la perrita de Sofia ha entrado en el viñado con los perros del rancho y que podría hacerse daño, y me ha pedido que la ate. Me ha preguntado dónde quiero plantar las macetas de hortensias que se quedaron en el porche después de Pascua.

Por la tarde me ha tocado llevar a Sofia y a dos amigas suyas al centro. Había tres chicas más que querían ir, de modo que nos hemos apretujado las siete en nuestro pequeño sedán. Las chicas han criticado cruelmente la forma de vestir de varias compañeras de clase.

—¿Has visto los zapatos que lleva?

—Esa falda es de su madre, seguro.

Se han bajado en el mercado de Saint Helena. Sofia se ha quedado en la ciudad para ver a unas amigas.

He cenado temprano yo sola, sentada en un rincón soleado del jardín delantero con una bandeja en el regazo. Sofia ha vuelto a casa con Stephanie. Me

han llegado sus risitas del piso de arriba mientras Sofia aplicaba un nuevo tinte rojo rosado en la larga melena rubia de Stephanie. La he oído gemir cuando han utilizado mi secador de viaje y se le ha enganchado el pelo. Cuando han bajado a la cocina han decidido hacer patatas fritas, pero no había suficientes patatas. Querían ir en la scooter al pequeño mercado mexicano que hay al otro lado de la autopista. No es legal ir en scooter por la autopista, de modo que les he hecho prometer que la aparcarían a nuestro lado de la autopista, al final del camino privado, e irían andando desde allí. He sentido un gran alivio cuando han vuelto. Han preparado perritos calientes con finas rodajas de patatas fritas.

Me ha llamado Francis.

—Mañana es el primer día de rodaje de Jimmy Caan. Lleva cuatro años sin trabajar y está nervioso. Gio está trabajando muy duro. Ha habido problemas con el equipo de la furgoneta del vídeo y se las está ingeniando para hacer que siga funcionando.

Gio es muy concienzudo y está deseando hacer un gran trabajo para su padre, y al mismo tiempo ha revelado una cinta propia que incluye un montaje que filmó durante *Cotton Club* y que fue destacado en una reseña sobre la película de la revista *Time*. Gio fue el director de la segunda unidad de esa película y ahora está impaciente por abrirse paso por su cuenta.

Sofia quería ir en mi coche al bungalow de Francis para bañarse en su jacuzzi. Yo estaba preocupada porque nunca ha conducido sola de noche, pero Francis me ha dicho:

—Deja que vaya, pero que te llame en cuanto llegue para que sepas que no se ha quedado en la cuneta.

Stephanie y ella no han conseguido poner en marcha el jacuzzi de modo que han vuelto, han cogido los

sacos de dormir y se han acomodado en la cama elástica del jardín. Toda ella busca romper con la rutina. Me encanta su imaginación desbordante y odio tener que ser quien la contenga.

25 DE MAYO DE 1986

Anoche me quedé hasta tarde viendo vídeos. Cuando me he despertado el sol entraba a raudales y sonaba el teléfono. Francis me ha dicho que tenía dos días libres para el Memorial Day, el día de los caídos en guerra, y que había previsto ir al campo para intentar distraerse de la producción. «Los dos primeros días han ido bien, estamos cumpliendo con las fechas y el presupuesto.» Pero ha recibido una llamada del jefe de producción. «Tienen “reservas” acerca de mi nuevo borrador [del guion] y he de trabajar en él.»

Mientras leía el periódico del domingo en el porche delantero, Gio me ha llamado. Me ha pedido el número de teléfono de un técnico de vídeo. Ha dicho que está teniendo problemas con el equipo y que necesita que vaya alguien a Washington para ayudarle a resolverlos. Se ha estado un rato charlando conmigo y luego me ha pasado a Jacqui. Ha sido la primera vez en muchos años que no ha llamado sólo para preguntarme algo y ha colgado.

Los pasados siete años Gio se ha alejado de mí, ha habido periodos en los que apenas hemos hablado. En la época que pareció que mi matrimonio tocaba a su fin, él se puso de parte de Francis. Me quedé destrozada, pero comprendí que estaba adoptando la postura masculina en el proceso de hacerse hombre. No había nada que yo pudiera hacer salvo esperar a que creciera y se volviera más comprensivo. Además,

ha salido a mí en ciertos aspectos de su personalidad, como ser callado, introspectivo y atento, que para un joven son difíciles de conciliar con el ideal de macho que tiene la sociedad. Cuando está en casa, a menudo se levanta tarde, se sienta a la mesa de la cocina y se bebe una cerveza con el desayuno. Sabe que lo desapruebo. Me coloco detrás de él y le froto los hombros a través de su albornoz azul. Me parece la única forma de hacerle saber que, haga lo que haga, le quiero. Ahora, después de seis meses de vivir con Jacqui, parece que quiere dejarme entrar de nuevo en su vida. Ha sido una larga y dolorosa espera. Cuando cuelgo el teléfono después de la conversación de hoy noto que el corazón me late acompasadamente, como aliviado por fin de un dolor persistente. Eso me ha hecho sentir mejor con respecto a Sofia; me tranquiliza pensar que cuando sea mayor volveremos a disfrutar mutuamente de nuestra compañía.

He pasado tiempo en mi estudio documentándome y seleccionando muestras de telas para el vestuario que he de diseñar para la ODC Dance Company de San Francisco, una compañía emprendedora e innovadora que se ha trasladado del Oberlin College al Oeste. Conozco a la primera bailarina, KT Nelson, desde que era adolescente y hacía de canguro de mis hijos pequeños. A través de ella conocí a la directora artística, que vio parte de mi obra y me contrató. Es agradable volver a concentrarme en un proyecto mío. Por la tarde he ido a Saint Helena a recoger a Sofia a casa de su amiga. Cuando hemos vuelto a casa se ha pasado varias horas hablando con Stephanie por teléfono. Han decidido que querían ir de camping. Le he dicho que tenía que quedarse a hacer los deberes. Ha de hacer un trabajo que aún no ha empezado y un proyecto que debe entregar ya. Me ha suplicado, prometiéndome que mañana

se pondrá. Le he repetido que no podía ir, que acababa de pasar dos días y dos noches con sus amigas.

He ido a una cena de cumpleaños de una ex empleada, pero me he quedado intranquila dejando a Sofia sola en casa de mal humor y he vuelto pronto. Cuando llego la encuentro enfurruñada frente a la máquina de escribir. Ha vuelto a pedirme que le deje salir. «No», he dicho. Me he sentido mal por cómo ha terminado la tarde.

26 DE MAYO DE 1986 [MEMORIAL DAY]

Sofia y yo hemos comido en el porche delantero oyendo disparos de rifle procedentes de las colinas. Retumbaban a través de la calurosa tarde intercalándose con nuestras frases. Tal vez los viñadores practicaban el tiro al blanco o cazaban coyotes. A medida que aumentaban los disparos me he preguntado si ha estallado una revolución y en nuestro aislamiento aquí en las colinas, sin cobertura de televisión, éramos las únicas personas que no sabíamos nada al respecto. Los perros, con el pelo lleno de abrojos, dormían tumbados sobre los frescos tablones del porche. No me ha parecido que hubiera peligro. Después de comer Sofia ha vuelto a su máquina de escribir. Ha escrito cuatro hojas desde anoche. Las he leído y me he quedado asombrada de lo bien redactadas que están.

—Está pero que muy bien escrito —he dicho.

Parecía satisfecha con lo que ha conseguido y su irritación conmigo ha disminuido. Ha expresado su deseo de ir a San Francisco para comprar en las rebajas del Memorial Day. Yo quería llevarla a algún lugar donde las dos nos divirtiéramos, pero no me encontraba bien. Al final le he dicho que no.

No entiendo por qué no me encuentro bien. He estado haciendo ejercicio y comiendo sano.

En el tercer piso del torreón de nuestra vieja casa victoriana tengo una pequeña habitación octogonal que he convertido en un espacio para la soledad, lejos del ajetreo de abajo. Nuestra casa es un bonito y amplio edificio estilo Reina Ana, construido en 1885. A principios de los años setenta vivíamos en San Francisco y fuimos al valle de Napa buscando una pequeña casa de campo donde nuestros tres hijos pudieran jugar al aire libre los brumosos y fríos veranos de San Francisco. Francis también quería tener unas pocas hectáreas de viñas para elaborar su propio vino.

Un día el agente inmobiliario nos dijo: «Hay un lugar que deberían ver. No es lo que están buscando. Es una propiedad de Niebaum y puede que sólo esté en venta una vez en nuestras vidas. ¡Es preciosa! Deberían verla mientras está abierta al público.»

Recorrimos una avenida y vimos la explanada de césped, la elegante mansión bajo las ramas de un magnífico y viejo roble, la piscina y los jardines que daban paso a unas cuarenta hectáreas de viñas rodeadas de un paisaje natural y virgen que ascendía hacia una cordillera lejana. ¡Era como el plató de una película! Nos quedamos arrebatados.

Francis acababa de cobrar una cantidad importante por *El padrino*, de modo que ofreció una suma que estaba por encima de nuestros sueños más descabellados, pero perdió frente a un consorcio de doce promotores que tenía previsto vender la casa y las viñas, y construir sesenta viviendas en las colinas. Nada de lo que el agente inmobiliario nos enseñó después nos parecía interesante. Unos años más tarde gran par-

te del valle de Napa pasó a ser catalogado como zona dedicada a la agricultura. Los promotores no obtuvieron permiso para construir y quisieron venderla. Francis reaccionó con firmeza y compró la propiedad en 1975. De pronto éramos propietarios de unas viñas de alta calidad; Francis empezó a pensar en obtener no sólo vino casero sino también un gran vino, en la tradición de los vinos de alta calidad a nivel mundial que la propiedad había producido desde siempre. «Si eres dueño de un gran caballo de carreras tienes que hacerle competir», dijo. Contrató a un vinicultor y empezó a construir una bodega en la vieja cochera de la propiedad.

Mi habitación octogonal da a las ramas superiores del viejo roble. En el alféizar hay un asiento de madera que forma un amplio estante bajo las ventanas de vidrio plano pulido; en él tengo una selección de cosas que recojo de la naturaleza. En el centro he puesto una tela y tengo una especie de altar donde creo arreglos cambiantes de flores, velas, fotos y objetos que son importantes para mí.

Hace varios años, a primera hora de la mañana del Memorial Day para ser exactos, nos despertó un horrible y fuerte ruido: el dormitorio crujió y se estremeció como si hubiera caído una bomba sobre él. Gio dormía en la habitación contigua a la nuestra. Gritó con la voz aguda de un niño asustado: «¡Mami!» Fue perturbador; llevaba años llamándome «mamá» y de pronto su voz, a los dieciocho años, sonó profunda y resonante.

Salimos en medio de la noche para investigar. Frente a la casa se había caído una enorme rama del roble gigante, tocando ligeramente la habitación de Gio, llevándose consigo el extremo del porche y derri-

bando una higuera. Aterrizó en el camino de entrada, aplastando mi coche, que Gio no había metido en el garaje después de haberlo usado esa misma noche.

Esa tarde subí a mi habitación del tercer piso para meditar y traté de buscarle un sentido o ver alguna señal en la caída de una gran rama de nuestro roble gigante cuando no había habido tormenta ni soplado el viento. Sentí una oleada de miedo pero no logré dar ningún significado al acontecimiento. Todos los miembros de la familia estaban bien. Roman y Sofia habían salido con sus amigos. Francis escribía en su bungalow. Gio estaba en el piso de abajo viendo las 500 Millas de Indianápolis y a través de las escaleras me llegaba el inconfundible gemido de los motores. Era ridículo que buscara un augurio en un suceso fortuito natural.

29 DE MAYO DE 1986, WASHINGTON, D.C.

No puedo dejar de pensar en el Memorial Day. Estaba en la pequeña habitación del tercer piso de casa, mirando las ramas del viejo roble gigante y tratando de comprender por qué me encontraba mal sin motivo alguno, cuando sonó el teléfono. Sofia contestó en el piso de abajo y yo en el de arriba. Las dos oímos la voz extraña y estrangulada de Francis, como si hablara sin respirar: «Ellie, hemos perdido a nuestro querido hijo. Gio ha muerto.»

Mis gritos me levantaron de la silla. Sofia fue corriendo a la otra línea y llamó a Roman, luego entró en mi habitación destrozada de dolor. La abracé.

—Nunca había oído llorar a Roman —dijo entre sollozos.

Gio y un amigo habían salido en una lancha moto-
ra por el río South a última hora de la tarde del Memo-

rial Day, con el sol en los ojos. El amigo maniobraba entre dos barcos y no vio que estaban unidos por debajo del agua mediante un gran cabo de remolque. El cabo restalló en el agua, rompió una barandilla y arrojó a Gio contra el fondo del barco con tanta fuerza que murió en el acto. El otro chico había salido ileso.

Esa noche Sofia y yo volamos a Washington, D.C. Los días siguientes son recuerdos fragmentados. Sofia y Roman llorando en el sofá del apartamento alquilado... Francis doblado en dos en el suelo... el dolor de ver a la familia devastada superpuesto a mi propio dolor... la reunión con el sacerdote para preparar el funeral (para él sólo era un compromiso más: «Sí, puede ser a última hora de la tarde pero no después de las cinco. Tengo una cena a las siete»)... la primera noche en el apartamento, con los amigos tratando de consolarnos, el teléfono sonando... mirarme la cara en el espejo y verla cambiada, ya no era la cara vibrante y emocionada de una mujer que no aparentaba los cincuenta años que tenía, sino la de una anciana irreconocible, demacrada, con los ojos rojos y frágil... caer en la acera frente al hotel Hyatt llorando histérica y tener que ser llevada por dos primos de Francis... en la pequeña habitación lateral de la capilla de Arlington reservada para la familia... ver a Francis con su traje gris junto a un ramo de pequeñas rosas blancas con una tarjeta de Bobby De Niro... sentada en el primer banco de la capilla llena de familiares, amigos, actores y miembros del equipo de rodaje, montones de flores y sol de tarde, un escenario lo bastante bonito para una boda... los amigos hablando de Gio... la música del padre de Francis que sonaba en el órgano... el sacerdote leyendo un texto de Kahlil Gibran... una celebración personal de la vida de Gio en lugar del servicio encargado que yo había temido.